

DOÑA IRENE.

No hay dificultad. A la hora que á usted le parezca.

D. DIEGO.

A eso de las seis. ¿Eh?

DOÑA IRENE.

Muy bien.

D. DIEGO.

El sol nos da de espaldas.... Le diré que venga una media hora antes.

DOÑA IRENE.

Sí, que hay mil chismes que acomodar.

ESCENA VI.

DOÑA IRENE. RITA.

DOÑA IRENE.

¡Válgame Dios! ahora que me acuerdo....
Rita.... Me le habrán dejado morir. Rita.

RITA.

Señora.

(Sacará Rita unas sábanas y almohadas debajo del brazo.)

DOÑA IRENE.

¿Qué has hecho del tordo? ¿Le diste de comer?

RITA.

Sí señora. Mas ha comido que un avestruz.
Ahí le puse en la ventana del pasillo.

DOÑA IRENE.

¿Hiciste las camas?

RITA.

La de usted ya está. Voy á hacer esotras antes que anochezca, porque sino, como no hay mas alumbrado que el del candil y no tiene garabato, me veo perdida.

DOÑA IRENE.

¿Y aquella chica qué hace?

RITA.

Está desmenuzando un bizcocho, para dar de cenar á Don Periquito.

DOÑA IRENE.

¡Qué pereza tengo de escribir! *(Se levanta y se entra en su cuarto.)* Pero es preciso, que estará con mucho cuidado mi pobre hermana.

RITA.

¿Qué chapucerías! No ha dos horas, como

quien dice, que salimos de allá, y ya empiezan á ir y venir correos. ¡Qué poco me gustan á mí las mugeres gazmoñas y zalameras!

(Éntrase en el cuarto de Doña Francisca.)

CALAMOCHA.

(Sale por la puerta del foro con unas maletas, látigo y botas; la deja todo sobre la mesa, y se sienta.)

¿Con que ha de ser el número tres? Vaya en gracia..... Ya, ya conozco el tal número tres. Coleccion de bichos mas abundante, no la tiene el gabinete de historia natural..... Miedo me da de entrar..... ¡Ay! ¡ay!..... ¡Y qué agujetas! Estas sí que son agujetas..... Paciencia, pobre Calamocha, paciencia..... Y gracias á que los caballitos dijeron: no podemos mas, que sino, por esta vez no veía yo el número tres, ni las plagas de Faraon que tiene dentro..... En fin, como los animales amanezcan vivos, no será poco..... Reventados estan..... (Canta Rita desde adentro, Calamocha se levanta desperezándose.) ¡Oiga!..... ¡Seguidillitas?..... Y no canta mal..... Vaya, aventura tenemos..... ¡Ay! ¡qué desvencijado estoy!

ESCENA VIII.

RITA. CALAMOCHA.

RITA.

Mejor es cerrar, no sea que nos alivien de ropa y..... (Forcejeando para echar la llave.) Pues cierto que está bien acondicionada la llave.

CALAMOCHA.

¿Gusta usted de que eche una mano, mi vida?

RITA.

Gracias, mi alma.

CALAMOCHA.

¡Calle!..... ¡Rita!

RITA.

¡Calamocha!

CALAMOCHA.

¿Qué hallazgo es este?

RITA.

¿Y tu amo?

CALAMOCHA.

Los dos acabamos de llegar.

RITA.

¿De veras?

CALAMOCHA.

No, que es chanza. Apenas recibió la carta de Doña Paquita, yo no sé adonde fue ni con quién habló, ni cómo lo dispuso; solo sé decirte que aquella tarde salimos de Zaragoza. Hemos venido como dos centellas por ese camino. Llegamos esta mañana á Guadalajara, y á las primeras diligencias nos hallamos con que los pájaros volaron ya. A caballo otra vez, y vuelta á correr y á sudar y á dar chasquidos. . . . En suma, molidos los rocines, y nosotros á medio moler, hemos parado aquí con ánimo de salir mañana. . . . Mi teniente se ha ido al colegio mayor á ver á un amigo, mientras se dispone algo que cenar. . . . Esta es la historia.

RITA.

¿Con que le tenemos aquí?

CALAMOCHA.

Y enamorado mas que nunca, zeloso, amenazando vidas. . . . Aventurado á quitar el hipo á cuantos le disputen la posesion de su Currita idolatrada.

RITA.

¿Qué dices?

CALAMOCHA.

Ni mas ni menos.

RITA.

¿Qué gusto me das! . . . Ahora sí se conoce que la tiene amor.

CALAMOCHA.

¿Amor? . . . ¿Friolera! . . . El moro Gazul fue para él un pelele, Medoro un zascandil, y Gaifeiros un chiquillo de la doctrina.

RITA.

¿Ay cuando la señorita lo sepa!

CALAMOCHA.

Pero acabemos. ¿Cómo te hallo aquí? ¿Con quién estás? ¿Cuándo llegaste? que. . . .

RITA.

Yo te lo diré. La madre de Doña Paquita dió en escribir cartas y mas cartas, diciendo que tenia concertado su casamiento en Madrid con un caballero rico, honrado, bien quisto, en suma cabal y perfecto, que no habia mas que apetecer. Acosada la señorita con tales propuestas, y

angustiada incesantemente con los sermones de aquella bendita tia, se vió en la necesidad de responder que estaba pronta á todo lo que la mandasen..... Pero no te puedo ponderar cuánto lloró la pobrecita, qué afligida estuvo. Ni quería comer, ni podía dormir..... Y al mismo tiempo era preciso disimular para que su tia no sospechára la verdad del caso. Ello es que cuando, pasado el primer susto, hubo lugar de discursar escapatorias y arbitrios, no hallamos otro que el de avisar á tu amo; esperando que si era su cariño tan verdadero y de buena ley como nos habia ponderado, no consentiria que su pobre Paquita pasára á manos de un desconocido, y se perdiesen para siempre tantas caricias, tantas lágrimas y tantos suspiros estrellados en las tapias del corral. A pocos dias de haberle escrito, cata el coche de colleras y el mayoral Gasparet con sus medias azules, y la madre y el novio que vienen por ella: recogimos á toda prisa nuestros meriñaques, se atan los cofres, nos despedimos de aquellas buenas mugeres, y en dos latigazos llegamos antes de ayer á Alcalá. La detencion ha sido para que la señorita visite á otra tia monja que tiene aqui, tan arrugada y tan sorda como la que dejamos allá. Ya la ha visto, ya la han

besado bastante una por una todas las religiosas, y creo que mañana temprano saldremos. Por esta casualidad nos.....

CALAMOCHA.

Sí. No digas mas..... Pero..... ¿Con que el novio está en la posada?

RITA.

Ese es su cuarto (*Señalando el cuarto de D. Diego, el de Doña Irene y el de Doña Francisca.*), este el de la madre, y aquel el nuestro.

CALAMOCHA.

¿Cómo nuestro? ¿Tuyo y mio?

RITA.

No por cierto. Aqui dormiremos esta noche la señorita y yo; porque ayer, metidas las tres en ese de enfrente, ni cabíamos de pie, ni pudimos dormir un instante, ni respirar siquiera.

CALAMOCHA.

Bien..... A Dios.

(*Recoge los trastos que puso sobre la mesa, en ademan de irse.*)

RITA.

¿Y adónde?

CALAMOCHA.

¿No me entiendo..... Pero el novio ¿trae consigo criados, amigos ó deudos que le quiten la primera zambullida que le amenaza?

RITA.

Un criado viene con él.

CALAMOCHA.

¿Poca cosa!..... Mira, dile en caridad que se disponga, porque está de peligro. A Dios.

RITA.

¿Y volverás presto?

CALAMOCHA.

Se supone. Estas cosas piden diligencia; y aunque apenas puedo moverme, es necesario que mi teniente deje la visita y venga á cuidar de su hacienda, disponer el entierro de ese hombre, y..... ¿Con que ese es nuestro cuarto, eh?

RITA.

Sí. De la señorita y mio.

CALAMOCHA.

¿Bribona!

RITA.

¿Botarate! A Dios.

CALAMOCHA.

A Dios, aborrecida.

(Éntrase con los trastos al cuarto de Don Carlos.)

ESCENA IX.

DOÑA FRANCISCA. RITA.

RITA.

¿Qué malo es!..... Pero..... ¿Válgame Dios, Don Felix aqui! Sí, la quiere, bien se conoce.....

(Sale Calamocha del cuarto de Don Carlos, y se va por la puerta del foro.) ¿Oh! por mas que digan, los hay muy finos; y entonces, ¿qué ha de hacer una?.... Quereros: no tiene remedio, quererlos..... ¿Pero qué dirá la señorita cuando le vea, que está ciega por él? ¿Pobrecita! ¿Pues no sería una lástima que..... Ella es.

(Sale Doña Francisca.)

DOÑA FRANCISCA.

¿Ay Rita!

RITA.

¿Qué es eso? ¿Ha llorado usted?

DOÑA FRANCISCA.

¿Pues no he de llorar? Si vieras mi madre... Empeñada está en que he de querer mucho a ese hombre.... Si ella supiera lo que sabes tú, no me mandaría cosas imposibles.... Y que es tan bueno, y que es rico, y que me irá tan bien con él.... Se ha enfadado tanto, y me ha llamado picarona, inobediente.... ¡Pobre de mí! Porque no miento ni sé fingir, por eso me llaman picarona.

RITA.

Señorita, por Dios, no se aflija usted.

DOÑA FRANCISCA.

Ya, como tú no lo has oído.... Y dice que Don Diego se queja de que yo no le digo nada.... Harto le digo, y bien he procurado hasta ahora mostrarme contenta delante de él, que no lo estoy por cierto, y reirme y hablar niñerías.... Y todo por dar gusto á mi madre, que sino.... Pero bien sabe la Virgen que no me sale del corazón.

(Se va oscureciendo lentamente el teatro.)

RITA.

Vaya, vamos, que no hay motivos todavía

para tanta angustia.... ¿Quién sabe? No se acuerda usted ya de aquel día de asueto que tuvimos el año pasado en la casa de campo del intendente?

DOÑA FRANCISCA.

¡Ay! ¿cómo puedo olvidarlo?.... ¿Pero que me vas á contar?

RITA.

Quiero decir que aquel caballero que vimos allí con aquella cruz verde, tan galan, tan fino....

DOÑA FRANCISCA.

¿Qué rodeos!.... Don Felix. ¿Y qué?

RITA.

Que nos fue acompañando hasta la ciudad....

DOÑA FRANCISCA.

Y bien.... Y luego volvió, y le vi, por mi desgracia, muchas veces.... mal aconsejada de ti.

RITA.

¿Por qué, señora?.... ¿A quién dimos escándalo? Hasta ahora nadie lo ha sospechado en el convento. Él no entró jamás por las puertas, y cuando de noche hablaba con usted, mediaba

entre los dos una distancia tan grande, que usted la maldijo, no pocas veces.... Pero esto no es del caso. Lo que voy á decir es, que un amante como aquel no es posible que se olvide tan presto de su querida Paquita.... Mire usted que todo cuanto hemos leído á hurtadillas en las novelas, no equivale á lo que hemos visto en él.... ¿Se acuerda usted de aquellas tres palmadas que se oían entre once y doce de la noche, de aquella sonora punteada con tanta delicadeza y expresion?

DOÑA FRANCISCA.

¡Ay Rita! Sí, de todo me acuerdo, y mientras viva conservaré la memoria.... Pero está ausente.... Y entretenido acaso con nuevos amores.

RITA.

Eso no lo puedo yo creer.

DOÑA FRANCISCA.

Es hombre al fin, y todos ellos....

RITA.

¡Qué bobería! Desengañese usted, señorita. Con los hombres y las mugeres sucede lo mismo que con los melones de Añover. Hay de to-

do; la dificultad está en saber escogerlos. El que se lleve chasco en la eleccion, quéjese de su mala suerte, pero no desacredite la mercancía. Hay hombres muy embusteros, muy picarones, pero no es creible que lo sea el que ha dado pruebas tan repetidas de perseverancia y amor. Tres meses duró el terrero y la conversacion á obscuras, y en todo aquel tiempo bien sabe usted que no vimos en él una accion descompuesta, ni oimos de su boca una palabra indecente ni atrevida.

DOÑA FRANCISCA.

Es verdad. Por eso le quise tanto, por eso le tengo tan fijo aquí.... aquí.... (*Señalando el pecho.*) ¿Qué habrá dicho al ver la carta?.... ¡Oh! Yo bien sé lo que habrá dicho.... ¡Válgate Dios! Es lástima.... Cierto. ¡Pobre Paquita!.... Y se acabó.... No habrá dicho mas.... nada mas.

RITA.

No señora, no ha dicho eso.

DOÑA FRANCISCA.

¿Qué sabes tú?

RITA.

Bien lo sé. Apenas haya leído la carta se ha-